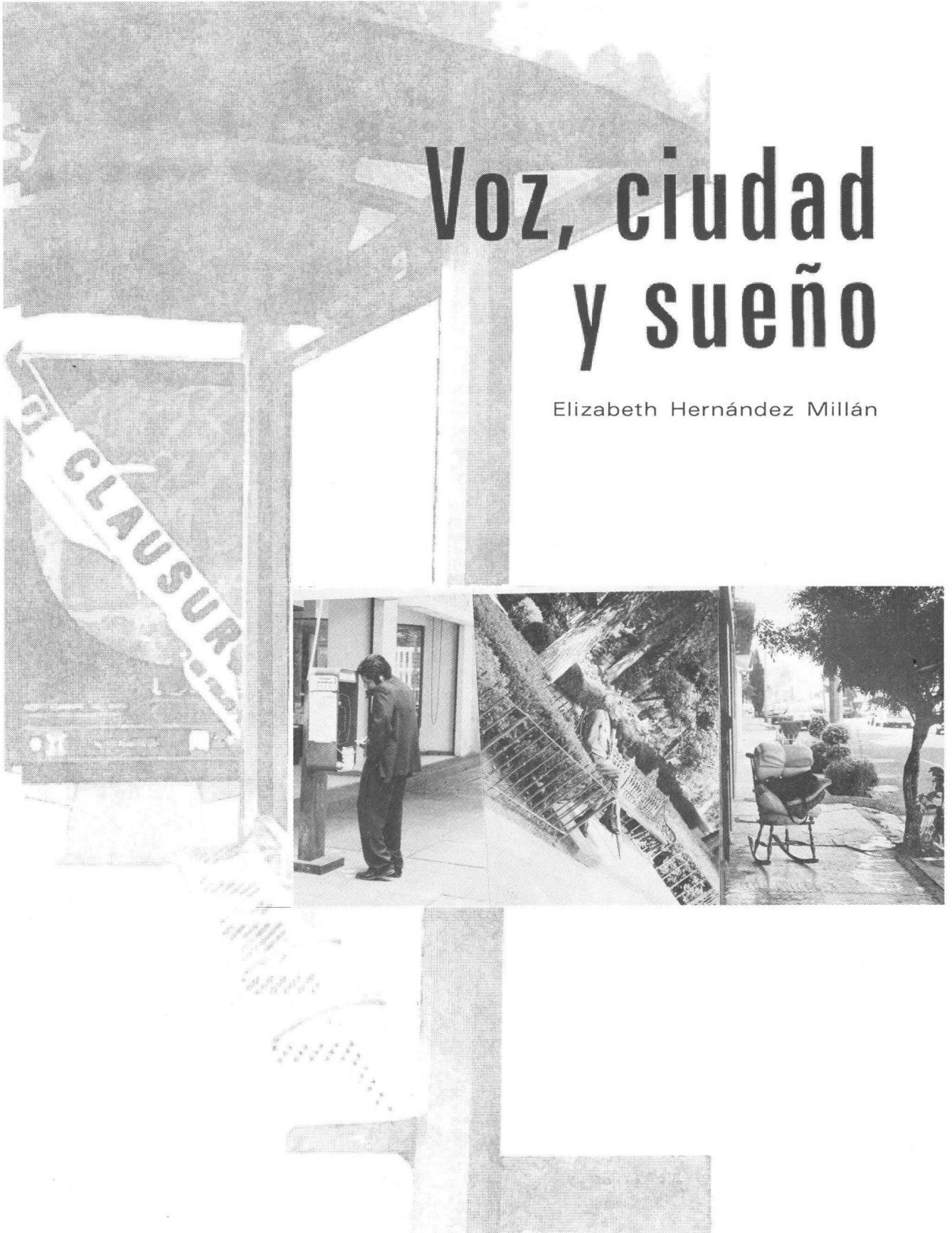


Voz, ciudad y sueño

Elizabeth Hernández Millán



¿Cuántas historias esconde una banqueta? Hablo del otro mobiliario, de aquel que es testigo de vidas. Hablo de esta inmensa ciudad, de sus kioscos, sus luces, sus juegos, de los muebles urbanos que a todos nos pertenecen. De las protagonistas bancas, de las paradas de autobuses que se transforman en escudo contra la lluvia. Del sillón en la azotea y la silla que resguarda una tiendita. Hablo de las mezclas de sensaciones que tiene un parque, de sus olores, texturas, colores, de los desengaños que guarda.

Vivimos con los árboles como esculturas, con las esculturas como si no fueran nada. Nos encontramos en cada esquina con la caseta telefónica que acumula nombres de enamorados, cuyas historias no sabemos, pero que a veces imaginamos.

Guardamos en la niñez resbaladillas, sube y bajas, pasamanos descoloridos y policromados, columpios de llanta, de madera vieja, mecate raído.

Nombro al farol, lugar común de canciones, películas y hasta símbolo de la tristeza.

Cancha de futbol dominguero. Casas donde oscila la vida y la muerte debajo de los puentes, construidas con cartón y telas viejas.

Letreros al revés o improvisados con faltas de ortografía, pretexto para un chiste.

Aludo a la Alameda y a la Plaza de Coyoacán que se convierten en pista de baile y las nubes grises de smog las observan y después se van... Se van...

Puestos de periódicos, bibliotecas al aire libre, donde he visto el cuerpo más perfecto y la deformación más aberrante, el encabezado más genial y mil veces el mismo título.

Hablo de guacales ocupando el lugar de un auto, porque también eso es parte de nuestra cultura, de nuestra idiosincrasia y es folklore y a veces poesía. Del Zócalo como auditorio, del piso pintado con gis para jugar avión, ¿todavía los niños se divierten con ese juego?

De los puestos de flores, entregadas tantas veces a una historia que se repite como la basura de los botes. De los anuncios que se contradicen y donde rebotan tantas miradas antes de un choque.

Altars para la Virgen envueltos con la fe de los devotos. Santas cruces en el terreno donde alguien murió. Del escritorio público donde se anuncia una vida y el término de algo, las buenas y las malas.

Porque somos parte del mobiliario andante, portando máscaras entre la multitud y multitud que es población y población que es esta ciudad, donde dicen que ya no cabe ni una pelusa, pero siguen entrando los ruidos, musicalizando este escenario que nadie podría montar a detalle.

Porque todo ello es contradicción y encuentro, misterio y verdad, sueño y realidad. Me atrevo a hablar por los que duermen en las bancas, quienes seguramente saben más de esto que yo... e

